

¿Hay vida después de la televisión? Cuerpo, virtualidad y antípodas en la era digital

Alejandro Piscitelli

Alejandro Piscitelli: filósofo argentino, secretario ejecutivo adjunto de CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires.

Resumen:

Y así como el cuerpo no es el mero revestimiento de piel que ordena huesos y órganos internos, sino una creencia forjada al hilo de interminables reflexiones, y sobre todo textualizaciones, otro tanto sucede con nuestras nociones de experiencia y vivencia a fines del milenio. El cuerpo textual se convierte en un cuerpo virtual y en esta transformación la televisión gana y pierde. Gana porque forma parte de la galaxia de lo intangible verdadero, pero pierde porque su rol de argamasa cultural se difumina y pasa a manos de nuevos engendros: las telecomputadoras, los juegos de simulación, los nuevos soportes digitales.

*Judex ergo cum sedebit
Quidquid latet apparebit
Nil inultum remanebit*¹

Aunque algunos ingenuos (¿o insanos?) insisten en la realidad de la realidad, cada vez somos más quienes consensuamos nuestras creencias y apostamos a su indestructibilidad. Si me siento sobre la silla no es porque esté hecha de madera o me parezca consistente, sino porque creo en que me va a sostener. Y así sucesivamente. Durante varias décadas nuestra realidad fue co-construida por la televisión. Creíamos en los modos de vida ajenos –en especial el yanqui–, no porque pudiéramos comprobarlo sino que porque la televisión nos atestiguaba que así era.

La religión televisiva

Para algunos las aceleraciones violentas (montaña rusa, despegues de aviones, carreras de autos) ejercen una extraña fascinación. Para otros un Trainlinker (remedo de realidad virtual acolchado sobre un soporte

¹ Cuando entonces el juez tome su lugar / todo lo oculto se revelará / nada permanecerá sin ser vengado. Días irae del Requiem de Mozart, citado por John Hartley.

neumático) es un pretexto para el vómito y las náuseas más desagradables. Para algunos el prototipo de una buena película es el thriller o el western norteamericano, destilado de acción pura, nada de palabras, imágenes frenéticas, cortes abruptos, lógicas de la imagen sacudidas a hachazos de montaje. Para otros el paradigma del buen mirar es el cine europeo, la lentitud meticulosa de un Tarkovsky, el diálogo ensimismado de un Rohmer, la plasticidad cansina de un Bergman.

Si ya en un determinado corte etario los gustos cinematográficos se diversifican hasta el empecinamiento, ¿para qué arriesgarnos al punto de asegurar que los ámbitos sensoriales no son materia de cultivo? Lo son y tanto que quienes nacieron antes de la Segunda Guerra mundial aborrecen de los medios masivos, y en particular son impotentes para desarrollar las *destrezas multilaterales* para vincularse con el mundo en pistas y frecuencias diferentes exigidas simultáneamente por las nuevas gramáticas audiovisuales y multimediáticas.

Mientras tanto los nacidos del '50 ó '60 en adelante conectan y desconectan zonas del cerebro a voluntad. No sin esfuerzo, a veces. No sin dudas, otras. Pero con una versatilidad y una competencia que llama tanto a la envidia como a la admiración.

Para peor, hay en este aprendizaje un altísimo componente de desaprendizaje. Aprender a ver los medios es algo muy distinto de aprender a ver el sentido (de un texto). El trabajo de deconstrucción del texto exige una segmentación, una labor de bisturí, un desmontaje de capas, una exposición geológica de urdimbres argumentativas, inexistente –o en todo caso ortogonal con esas preocupaciones en los medios audiovisuales².

Antagonizando la letra al máximo, la televisión –paradigma de lo impensado e impensable según los críticos letrados– no es algo que se

² Tanto es así que las operaciones de crítica ideológica de los medios terminan reactualizando la teoría del reflejo, inválida para el orden textual y totalmente impertinente en el orden televisual, multimediático o computacional. Por ello M. Turim cuestiona acertadamente las conocidas posturas de Frederic Jameson en «La lógica cultural del capitalismo tardío» según la cual ésta viene determinada exclusivamente por la economía: «(...) se representan a las tecnologías como determinantes y se ve ontológicamente su modo de funcionamiento. Se le otorga a la televisión el mismo poder ominoso que le atribuyen los pacientes paranoides. Cuando hace interfaz con las computadoras como en el videoarte, la fantasía podría congelarse en la vocación del video como el mecanismo posmoderno de la retroalimentación capitalista». Contorneando este reduccionismo, Turim propone una ontología de la televisión, el video y la imagen irreductible mecánicamente a la ideología, la infraestructura o los bloques históricos. Sigue así sin advertirlo el camino del *irreduccionismo* propuesto gallardamente por Bruno Latour (Nada es en sí mismo reducible o irreducible a otra cosa).

contempla. Se trata por el contrario de una *máquina de contactar* que está simplemente encendida, todo el tiempo.

No hay ninguna afinidad entre ver televisión y reflexionar sobre un fenómeno. Ver es un proceso *pasivo*, pero increíblemente eficiente, de archivar y asociar información a utilizar más tarde. Manejar un auto en la ruta o jugar al fútbol son analogías más apropiadas del acto de ver televisión que deducir teoremas o reconstruir argumentos. Por ello es plenamente contradictorio, y propio del proceso de pastiche en donde se conjugan, confundiéndose, las distintas épocas y funciones de la televisión (Casetti y Odin; Piscitelli 1995) pretender que lo que se muestra en la pantalla pueda servir para... pensar.

Pero si no sirve para pensar (ni para ser pensada) tampoco sirve para transmitir las ideas que al Soberano le gustaría que vehiculizase. La televisión no es un medio que proyecte intermitentemente imágenes que pertenecen a un presente eterno, desprovistas por completo de pasado. No puede garantizar la ideología porque *no* actúa sobre el aquí y ahora, sobre nuestra contemporaneidad. Se trata antes bien de un medio que proyecta *reestrenos*. Un ritual que nos devuelve de modo recurrente al ámbito de la costumbre. En las imágenes de la TV reconocemos todo lo que nos es familiar. La TV es una mitología finimilenar, es la épica homérica rediviva en la que un auditorio escucha epítetos que se pronuncian una y otra vez, y donde la repetición es fuente de júbilo permanente (Postman y Paglia).

He aquí revelado el carácter religioso de la televisión moderna. Tanta tinta ha corrido y tanta discusión sin filo ha mellado nuestra capacidad reflexiva. Porque es llamativo que la discusión, hoy en sus estertores, acerca del fin o recomienzo de la modernidad, se haya podido plantear sin una consiguiente remisión al fin o recomienzo de la televisión. Lo distintivo de la época de oro de la TV fue precisamente su repetición compulsiva. Hacerse uno con la TV clásica fue lo mismo que rezar el rosario católico. Las propagandas –especialmente esas largas de más de un minuto, que contaban historias, y que no temían alterar la paciencia del espectador o el bolsillo del anunciante– fueron letanías sedantes que nos brindaban seguridad y nos devolvían a la calidez del hogar a resguardo de la extrañeza del mundo moderno en vías de extinción. El suyo era un mundo virtual, es cierto, pero el mismo remitía a una realidad fugaz que se trataba al menos de recrear ficcionalmente.

Esta experiencia religiosa sólo se puede vivir hoy bajo la forma de la nostalgia³. La televisión por aire está moribunda porque ya *no* interpela a

³ Un ejemplo llamativo y poderoso es el canal de cable Volver, perteneciente al poderoso Canal 13 de aire de Buenos Aires. Especulando con la muerte de la televisión «realmente existente», dicho canal pasa exclusivamente los programas clásicos de la

nadie. Pero también y sobre todo porque hay cosas «mejores» en el horizonte tecnológico. Antes de verla morir o de pretender ayudarla a pasar a mejor vida investigaremos el carácter pagano de esta religiosidad. Sólo después podremos pronunciarnos a favor o en contra de que la telecomputación y las redes electrónicas prolonguen o eliminen para siempre la ilusión televisual.

El regusto popular de la televisión

Desde hace décadas los sociólogos y los analistas de los medios buscan construir indicadores avanzados. Aspiran a detectar inversión de tendencias, señaladores de cambios en los vientos, reveladores en trazas e indicios de que un nuevo modo de producción o consumo informativo está por ver la luz –y de los numerosos actores sociales que querrían poder anticiparlos para domesticarlos mejor o, al contrario, escapar a sus garras. También sabemos que en razón de las infinitas recursividades en las que estamos encastrados es imposible ser jueces imparciales o analistas objetivos de nuestra cotidianidad (Watzlawick y Krieg)⁴.

Contrariamente a lo que la crítica folclórica-erudita de la televisión ha venido diciendo durante largo tiempo, la televisión fue (¿lo sigue siendo?) una fuente generadora de placer y potenciadora de los sentidos (anulados en gran medida por la escolarización formal) para gran cantidad y variedad de públicos. Pasado el auge de entronización de la radio⁵, la

década del 60 –la mayoría de ellos en blanco y negro. Pero en vez de convertirse en arqueólogos de la paleotelevisión, sus televidentes mayoritariamente cincuentones encuentran en esta recuperación un nicho en donde revivir la moribunda neo-televisión de hoy, y darle sentido al sinsentido de su vida actual.

⁴ La desmitificación de la televisión implica a) una empresa imposible, ya que toda desmitificación insta una mitificación de signo contrario; b) una constatación de que el fenómeno al que se alude ya está en un estadio terminal y por lo tanto analizarlo difícilmente diga mucho acerca de su presente y futuro, pero sí probablemente de su pasado; c) la necesidad de dar un salto teórico que nos ayude a delinear el perfil de las relaciones de fuerza casi invisibles que se tejen en su futura ausencia. En el caso de la televisión, empezamos a entender la paleo-televisión cuando ya estamos ingresando con fuerza en la era de la post-televisión, que sin duda guarda continuidades con sus etapas precedentes de desarrollo, pero abre al mismo tiempo profundas discontinuidades que requieren de otras miradas e instrumentos de comprensión.

⁵ Es muchísimo el trabajo que queda por hacer en relación a la creación de espacios virtuales por la radio y al rol estratégico del sonido como pretensión a la presencia y la verdad. A diferencia de la televisión y la telecomputación –y hasta el advenimiento (más prometido que logrado) de las realidades virtuales–, la imagen nunca pudo competir con el carácter inmersivo del sonido y de allí que la verosimilitud de los grandes espectáculos de Hollywood haya estado más amarrada a los efectos especiales de sonido que a los de la animación. Es propio de la fisiología del sonido desestabilizar la subjetividad del sujeto. El sonido se nos aparece como una apercepción de lo invisible, como el presagio de un reexamen de cómo está construido lo real. Que el sonido es un agente de desestabilización –igual o más fuerte aun que la imagen– lo sabemos desde la condena de Platón a la música y la poesía, hasta los intentos de preservar la cultura nacional liberándola de la transnacionalización del rock. Ambas modalidades de resistencia han

televisión contribuyó vitalmente a la fijación de una agenda de la cultura popular –irreductible a su no menos fuerte peso como circuladora de mercancías en la industria cultural. Las audiencias actuales herederas de la paleo-televisión –son audiencias productivas, discriminantes y alfabetizadas televisualmente que han jugado un rol constitutivo en la creación de formas narrativas propias, representación de personajes y roles determinantes en la construcción del género y los géneros (Fiske)⁶.

Es llamativo que la discusión acerca del fin o recomienzo de la modernidad, se haya podido plantear sin una consiguiente remisión al fin o recomienzo de la televisión.

A poco de avanzar en el contra-análisis⁷ de la TV, enseguida vemos que el problema tradicional de la crítica televisiva no fue tanto que ésta fuera mala cuanto que es (o fue) demasiado popular. Preocuparse acerca de la *influencia* de la TV es presumir que se trata de un medio socio-técnico de comunicación temido o contaminante –anti-habermasiano *per se*–. Su duplicidad resultaría todavía más escandalosa ya que es ejercida por la seducción de las imágenes e iconos como opuesto a la comunicación totalizante y supuestamente divina de la imprenta. La TV compartiría una historia de disciplinamiento como medio junto a predecesores como Hollywood, la publicidad, los comics, el Music Hall y los folletines ilustrados victorianos.

La TV no es una tecnología ni un sistema estético, sino un mecanismo humano de producción de sentido. La comunicación humana no es un hecho individual sino social, no es comportamental sino textual. La TV es una reverencia a la presencia plena y a la comunicación directa. No es como los libros (los testimoniales, pero sobre todo los teóricos) una máquina de decir la verdad (porque ella misma es hacedora de verdades). La TV no es como las mamás para quienes contar historias es decir mentiras. Los fabricantes de las narrativas nocturnas vuelven la inmediatez de lo no-dicho impredecible en semio-ritmos circadianos cuyos componentes familiares de imágenes, sonidos, historia y sentimiento pegados por una *blableta* interminable, continuamente inventan nuestra

sido bastante poco exitosas (ver, entre otros, Dyson; así como los incipientes trabajos sobre registro de sonido y construcción de realidades, el sonido como contexto para la imagen o la genealogía de la conquista del éter).

⁶ La crítica a la paleo-televisión sigue la matriz previa a la publicación del texto seminal de Fiske *Reading Television*, que denunció con firmeza en qué medida dicho *tv-cidio* estaba anclado en tres presupuestos igualmente falsos, a saber: efectos componmentales (nocivos) en individuo aislados, efectos culturales (nocivos) en la calidad de la vida, efectos sociopolíticos (nocivos) como transmisor privilegiado de los valores capitalistas.

⁷ Pero sin ningún efecto en los críticos que dos décadas más tarde siguen repitiendo en forma clásicamente televisivas sus "n" argumentos a favor de la eliminación de la televisión, cuando esta ya se ha auto-eliminado en las formas denunciadas por los críticos.

comunidad, nación, y especie –a partir de cuya inversión construimos nuestra identidad como diferentes e irreductibles de otras.

La verdad textual, única e inmutable se convierte en una verdad adversaria, poniendo hechos desconocidos en formatos desconocidos que nos unen en la contemplación y al mismo tiempo nos separan en la interpretación –local, contextualizada, sobredeterminada.

La retórica clásica –la fuerza de los argumentos, (Latour)– se desnuda en las tele-emisiones y transforma la guerra de las armas en la guerra de las verdades siendo su versión más actualizada aquella que ficcionaliza una democracia pluralista⁸. Con una sola mirada la TV construye una audiencia paedocrática a la que cautiva con un discurso pedagógico que está terminando por no interpelar a nadie. La fotopoética de este proceso se degrada y especializa en nuevos usos puntuales y segmentados de la televisión al punto tal que en EE.UU. ya hay más de 8.000 empresas con estaciones de TV propia⁹.

Teletecnología y virtualidad

En el sandwich entre la paleo –y la post-televisión tenemos quince años de neo-televisión. Una forma híbrida que potenció al máximo la discontinuidad, la fragmentación, la apertura de innumerables nichos y segmentos de audiencia, la aceleración de la visión, el *zapping* convertido en una estrategia de lectura y, sobretudo, una valoración del sonido y lo aural rara vez reconocida en las formas más ancestrales de televisualización. Antes de adentrarnos en este fascinante y poco recorrido territorio¹⁰, preferimos hacer una violenta marcha hacia adelante y toparnos con los desafíos a los que nos somete la muerte de la televisión clásica, a saber al riesgo del sinsentido radical.

Parte de esa pérdida se puede vislumbrar en la terrible asimetría que existe entre las declaraciones *cybertech* (las promesas incumplidas e incumplibles de una tecnología y una racionalidad económica que resolverían por sí solas todas las contradicciones sociales pre-existentes) y su bajo nivel de desarrollo y encarnación en instrumentos de

⁸ Trabajos claves e importantes en teoría de la televisión aluden reiteradamente a este carácter ficcionalizador de la paleo-televisión (Verón). El supuesto efecto democratizante de la televisión a la que se co-responsabiliza de la caída del muro de Berlín en 1989 es contrabalanceado por su rol encubridor-desencubridor de su propia censura durante la guerra del Golfo. (Ver especialmente Cumings y sobre todo Baudrillard).

⁹ La paleo-televisión fue un objeto cultural, la post-televisión que busca sucederla –no puede tildarse de manifiesto fracaso la neo-televisión por no poder suplir su rol, ya que ésta fue más una forma transicional que un objeto cultural acabado. ¿Podrá la post-televisión ocupar ese lugar?.

¹⁰ Dos trabajos seminales al respecto son obviamente los de (Goodwin) y (Frith, Goodwin y Grossberg).

transformación social democratizante¹¹. Los fabricantes nos prometen productos y sólo vemos *vaporware* –excelente e intraducible noción que esconde en los pliegues del vapor y la imaginación lo que no es posible concretizar en acciones y proyectos colectivos.

Y gran parte de esos no-natos productos pivotean sobre una figura ontológica inédita, la virtualidad, el reino de lo inmaterial, el dominio del simulacro y la simulación. La virtualidad –obviamente presente en cualquier sistema de representación– se ha convertido en la metáfora por excelencia de la posmodernidad. No hay discusión, ni examen, análisis o condena que no tenga como horizonte de referencia lo virtual y en particular sus relaciones con las instituciones modernistas de los massmedia y sus mecanismos de deseo.

Venimos experimentando los usos de lo virtual para la expansión de lo vivido desde las primeras formas de abstracción y racionalización. Sus capítulos postreros están del lado de la radio, la televisión, el video, el cine y las videoconferencias. Pero los límites que la tecnología ponía a la exploración de lo virtual aún en la década del 60 –correlativo de los límites que la realidad imponía a cualquier intento de homogeneización de los puntos de vista y de las visiones es monolíticas– cayeron imprevista y acompasadamente.

El triunfo del *american way of life* y el derrumbe del muro de Berlín fueron simultáneos al avance de la digitalización y a la reducción de todos los soportes de transmisión de información a la vara patrón del bit y de la era digital. Este compromiso implicó una profunda torsión en la relación ancestral real/virtual con una consiguiente devolución de la primera a manos de la segunda. El debut de la *cybertech* en la guerra del Golfo y las armas *a la nintendo* (Baudrillard; de Landa; Dyson) fue el primer capítulo de este nuevo modo de canjear lo vivido por lo simulado y lo experimentable por su programación. Con la imagen autocensurada o manipulada descaradamente le toca al sonido el rol estratégico de pretensión a la presencia y a la verdad. Las inverosímiles transmisiones de Bagdad revelaron una vez más el carácter inmersivo del sonido. Con una imagen ciega o inventada –poco da la diferencia– el último agente de desestabilización queda en manos del menos conocido de los sentidos.

¹¹ Para una fascinante exploración de las ruinas de la modernidad ver la obra de J.G. Ballard (1990). Los aztecas se derrumbaron porque se auto-crearon un mito de su propia e inminente derrota. ¿No estamos haciendo nosotros lo mismo? Hace ya más de 35 años que Ballard no deja de pensar en el futuro, para cambiar el presente. Un futuro que se distancia cada vez más de esa imagen rozagante e idílica de los ídólatras del Presente y del Mercado. Para Ballard las grandes fuerzas de nuestro tiempo son la TV y la publicidad, la radio, la política y la prensa. Y todas ellas –especialmente en sus versiones periféricas, caricaturas de las caricaturas– no hacen más que ficcionalizar una realidad insípida, incolora e indolora (para los que la ficcionalizan, aunque bastante más dolorosa para quienes la padecen) amplificando hasta el paroxismo las patologías de los sistemas de creencias (de la epistemología como diría el genial Gregory Bateson).

Mientras tanto lo virtual amenaza al propio principio de razón suficiente según el cual todo efecto tiene su causa¹². En el reino de la redes y la telecomputación lo virtual se transmuta, el espacio del éter televisivo o radial (mero transmisor de ondas e imágenes precodificadas e inmutables) se convierte en el ciberespacio, un lugar de intenso deseo para una corporización refigurada¹³, lo que precisamente pasó en la guerra del Golfo.

El Golfo –mucho más que la Estocolmo de su Reina Cristina– es el lugar donde Descartes fue finalmente coronado. El deseo cartesiano de desencarnación y superación del aquí y ahora de la mundanidad se realiza en la guerra. Vietnam y sus mutilaciones nos habían dado demasiado disgustos. La alta tecnología de la guerra nos ahorra esas guasadas. En la guerra de misiles y bombas inteligentes del enemigo no quedan ni las trazas. El piloto que destruye un blanco que nunca verá salvo a través de la pantalla de su monitor y la cámara del misil que no podrá mostrar lo que sucede después de la explosión –ya que se autodestruye en el momento del impacto– nos abren este nuevo régimen de (in)visibilidad con predominio de lo virtual. Una mirada omnimoda, desencarnada, transmutada en una señal pura. Como dijera un teniente coronel norteamericano, la ventaja que el mundo libre tiene sobre los infieles es Dios y la microelectrónica. Lo más lindo del caso es que se puede usar la microelectrónica para proyectar el espíritu.

Tanto la sofisticación como la simulación esconden su objeto como secreto y su revelación tiene un precio. El precio es en este caso el cuerpo, cuya desaparición de la vista a través de las determinaciones de la virtualidad coinciden con la desintegración de la realidad como lugar humano habitable en la víspera de la cultura *hi-tech* (Dyson). El sonido mantenía la continuidad con la paleo-televisión, pero una voz trapeada como en los nuevos servicios telefónicos, a través de la digitalización y la simulación, reconstruyendo antes que testimoniando, también ayuda a

¹² Bien lo sabía el cineasta Jean-Luc Godard cuando insistía en que toda película está formada por un principio, un medio y un fin, pero no necesariamente en ese orden. Al mismo tipo de reinención de la causalidad lineal remite Francisco Varela en su teoría de la circularidad cuando define a la célula como un proceso de producción de componentes que forman procesos de producción de componentes.

¹³ Cumpliendo con lo prometido en sus *papers* anteriores, la reciente aparición del texto insignia de Allucqure Rosanne Stone es el trabajo más rico y arriesgado en cuanto a teorizar el ciberespacio desde el lugar privilegiado de la alianza deseo + tecnología que conozcamos. Inspirado en desarrollos de Donna Haraway, Bruno Latour, James Clifford, Brenda Laurel, Ursula Le Guin, Sharon Traweek y Frances Barker, utilizando un curioso método de composición y navegación que administra con igual tino y seducción lo casuístico, lo narrativo y lo conceptual, esta egresada del célebre programa de Estudios de la Ciencia de la Universidad de Santa Cruz dirigido por Haraway, abre nuevos caminos para la exploración del cierre de la era mecánica y la contextualización de los seres digitales.

devaluar la voz, desmaterializando la sustancia sonora, refugio postrero del cuerpo. La revista alemana *Stern* inició hace poco una campaña para demostrar que la ira de los Rolling Stones estaba desteñida por el *playback*, a lo que sus fans retrucaron con vergüenza y desafío que la voz de sus héroes se transmitía en vivo. En el eclipse de la era mecánica y ante el advenimiento de lo digital lo verosímil sufre sus últimos embates.

En la conjunción de la televisión, la virtualidad y la guerra, la telepresencia de la bomba inteligente representa una pérdida de la clausura narrativa, de la narrativa maestra *per se*, la muerte en el florecimiento del apocalipsis.

La virtualidad –obviamente presente en cualquier sistema de representación– se ha convertido en la metáfora por excelencia de la posmodernidad.

La virtualidad tiene sus nichos privilegiados. La red mundial de computadoras se ha convertido en un sistema viviente. Ya sea en su forma textualizada – como la tradicional Internet –o en su forma gráfica y multimediática– como World Wide Web (Piscitelli, 1995), nuestro deseo circula por el mundo desnaturalizado, muy lejos aún de los cowboys cibernéticos anunciados por William Gibson, pero mucho más cerca de la autopercepción sorprendida del común de los mortales. El desplazamiento de la subjetividad a distancia inaugura un nuevo capítulo en las relaciones entre cuerpo, realidad y proyectos sociopolíticos antagonistas.

Tecno-lógicas de las antípodas

Entre muchas otras cosas, el pasaje de la modernidad a la posmodernidad implica la adhesión a un tipo superior de abstracción. De la naturaleza heredada pasamos a una segunda naturaleza –para la cual la alfabetización y la imprenta juegan un rol impostergable (Sanders). Hemos pasado así de la segunda naturaleza abstracta de los espacios sociales creados por el transporte naval y ferroviario, a los espacios sociales abstractos creados por el telégrafo, el teléfono, la televisión y la telecomunicación. Ahora vivimos por fin en el reino de la *telestesia*, de la percepción a distancia. Con el advenimiento del telégrafo, por primera vez en la historia el tiempo de la comunicación es más rápido que el tiempo del transporte. Y el fin de la modernidad es también el de la obsolescencia de esa segunda naturaleza, sustantiva, corpórea, y petrificada.

Con el telégrafo de nuestra mano pasamos de la segunda naturaleza de las ciudades y los territorios a la tercera naturaleza del espacio de datos y de los flujos informacionales multidireccionales. ¿Será cierto entonces –como se preguntaban insidiosamente Guattari y Deleuze– que aún no somos lo suficientemente abstractos? ¿Es algo más que un sueño de

aprendiz de brujo creer que la teletransportación alguna vez tendrá lugar en el mundo real?

Experimentar las antípodas, esa sensación de no ser de aquí ni de allá, pero al mismo tiempo de pertenecer al aquí y al allá, he aquí un desafío cibercultural. Se trata de una relación ambigua y peligrosa en donde un Otro que generalmente es un monstruo grande que pisa fuerte –como canta León Gieco– nos quita nuestra identidad al mismo tiempo que nos permite forjarnos una.

Hay varias maneras de ser antipodales, buenas y malas, mejores y peores, útiles e inútiles. Así el fundamentalismo y el neoconservadorismo en variadas formas son ejercicios en posiciones antipodales. Pero no lo es menos –y a nosotros se nos antoja que son mucho más útiles– las posiciones excéntricas, los usos tecnológicos no para preservar las diferencias sino para multiplicarlas y distorsionarlas (McKenzie Warck, 1995).

Y siempre como forma que viene en ayuda, como estructura que rompe los moldes, como práctica indigerible, tenemos el arte... electrónico, que hoy en día al proponernos una fusión sin límites, una crítica radical de la representación y un polimorfismo expresivo que nos preserve de ese todo que es tan falso –tan bien denunciado por Adorno– y que vuelve una y otra vez –desde las formas más caninas y evidentes como al nazismo o el fascismo a las más insidiosas y propias de nuestro momento actual como las democracias abismales¹⁴– nos anuncia formas de explorar lo virtual; equidistante de la tecnofobia y la tecnofilia.

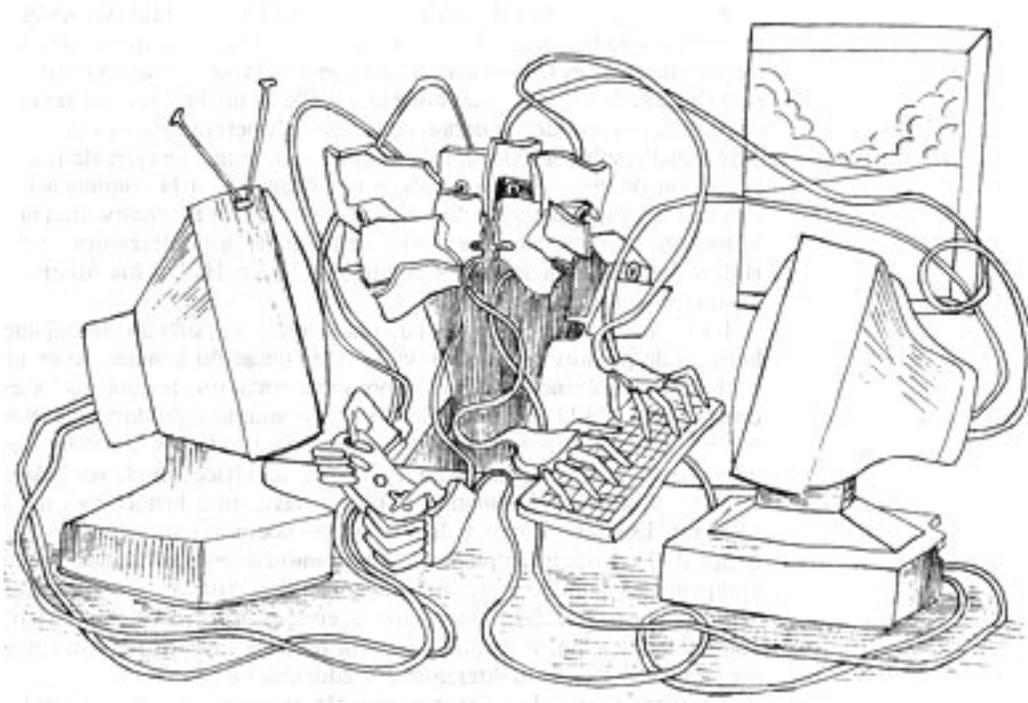
Llegamos así a la antesala de la post-televisión, un mundo multimediático e interactivo. Todavía demasiado cercano al *vaporware*, pero anunciando entre líneas un mundo de comunicación fantástico y fabuloso que exploraremos a la brevedad.

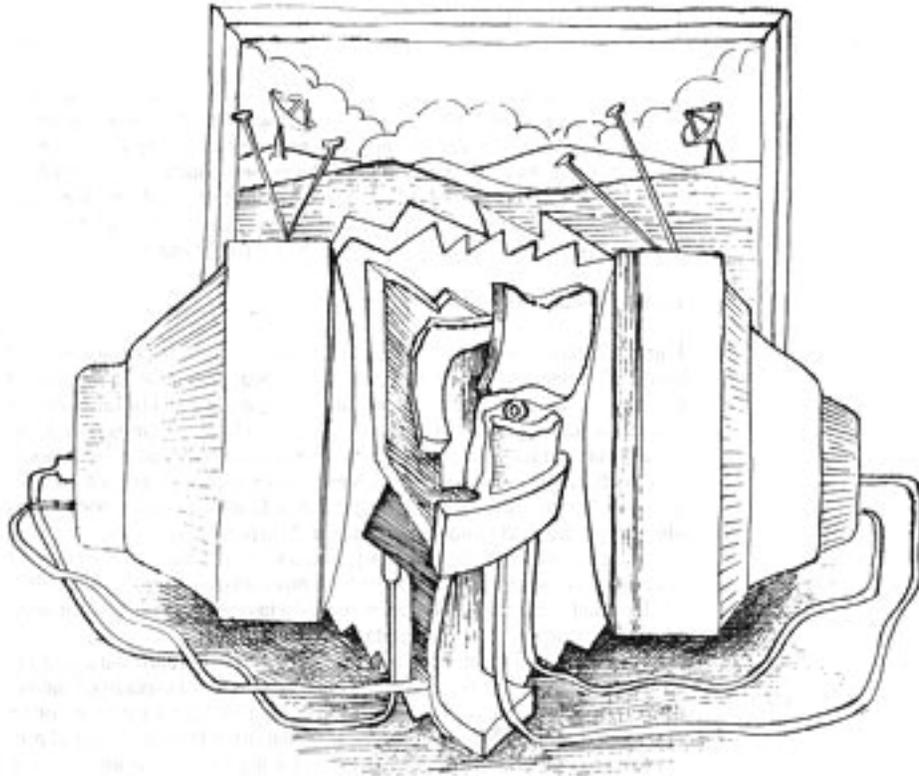
Referencias

Baudrillard, J.: *La Guerra del golfo no ha tenido lugar*, Anagrama, Barcelona, 1991.

¹⁴ Término acuñado entre otros por el sociólogo argentino Juan Corradi aludiendo a varios regímenes «democráticos» latinoamericanos –especialmente el argentino– cuyos gobiernos plantean las políticas de turno como las únicas posibles, y cualquier desvío de la norma neoconservadora como invitación al abismo. Este incrementalismo –extensible al terreno tecnológico– obviamente desdeña opciones, alternativas, cortocircuitos, localismos, etc.; y siendo más papista que el Papa, termina haciendo de la subcultura etnocéntrica y tecnofílica occidental – encamada en la racionalidad económica del Mercado –el único *meme cultural* con posibilidades de supervivencia. Justo en el momento en que ocasionalmente se abren expectativas y potencialidades de crecimiento autónomo y de desarrollos irreductibles a patrones únicos y prefijados.

- Casetti F. y R. Odin: «De la paleo- a la neo-Televisión. Approche semio pragmatique» en *Communications* N° 51, 1990, pp. 9-26.
- Crispin Miller, M.: *Boxed in. The culture of TV*, Northwester University Press, Evanston, 1989.
- Cumings, B.: *War and Television*, Verso, Nueva York 1992.
- De Landa, M.: *War in the age of intelligent machines*, Zone, Nueva York, 1991.
- Dyson, F.: «In/Quest of presence: virtuality, aurality and television's gulf war» en S. Penney (ed.): *Critical issuses un electronic media*, State University of New York Press, Nueva York, 1995.
- Fiske, J.: *Television culture*, Methuen, Londres, 1987.
- Frith, S., A. Goodwin, y L. Grossberg: *Sound and vision. The music video reader*, Routledge y Kegan P., Londres, 1993.
- Goodwin, A.: *Dancing in the distracting factory. Music Television and Popular Culture*, University of Minnesota Press Minneapolis, 1992.
- Hartley, J.: *Tele-ology. Studies in television*, Routledge, Londres, 1992.
- Latour, B.: *Science in action. How to follow scientists and engineers through society*, Harvard University Press, 1987.
- Piscitelli, A.: «Paleo, neo- y post-televisión» en *Dia-logos de la comunicación* N° 41, Lima, 3/1995.
- Piscitelli, A.: «La Web como nuevo soporte intelectual» en *Tipográfica* N° 27, Buenos Aires, 10/1995.
- Postman, N. y C. Paglia: «La cultura del libro vs. la cultura de la televisión. Diálogo» en *Biblioteca de México* N° 21, 5-6/1994, pp. 21-33.
- Sanders, B.: *A is for ax. The collapse of literacy and the rise of violence in the electronic age*, Vintage Books, Nueva York, 1994.
- Silverstone, R.: *Television and everyday life*, R&K Paul, Londres, 1994.
- Stone, A.R.: *Desire and technology at the close of the mechanical age*, The MIT Press, Cambridge, 1995.
- Turim, M.: «The cultural logic of video» en D. Hall y S.J. Fifer (eds.): *Illuminating video. An essential guide to video art*, Aperture Foundation, Nueva York, 1990.
- Veron, E.: «Interfases sobre la comunicación audiovisual avanzada» en J.M. Ferry y D. Wolton (eds.): *El nuevo espacio público*, Gedisa, Barcelona, 1992.
- Watzlawick, P. y P. Krieg (eds.): *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*, Gedisa, Barcelona, 1994.





Las ilustraciones acompañaron al presente artículo en la edición impresa de la revista